

La maldición del virrey

Carlos Schlaen

Ilustraciones del **autor**

loqueleg

Todo empezó mucho antes de aquella tarde en que mis padres partieron y de que advirtiera el auto misterioso estacionado en la vereda de enfrente. Inclusive mucho antes de que decidieran hacer ese viaje y aun antes de que nos mudáramos a la casona de Floresta. De hecho, empezó muchos años antes de que todos nosotros hubiésemos siquiera nacido.



Ése había sido un año excepcionalmente bueno para el estudio de arquitectura de mi padre. Gracias a ello dejamos el departamento de Palermo, donde siempre habíamos vivido, para mudarnos a esta enorme casona de Floresta. Personalmente, no encontraba ningún atractivo en el cambio. Las razones de espacio e independencia esgrimidas a su favor no alcanzaban a compensarme por las

enormes distancias que debía recorrer, colgado de colectivos atestados de gente, para reencontrarme con mis amigos y mi actividad que habían quedado arraigados en el centro de la ciudad.

6 La casa era muy antigua y las sucesivas refacciones que había sufrido a lo largo de su existencia no habían logrado dotarla del mínimo confort acorde con los tiempos que corrían. Ése era precisamente el desafío que había apasionado a mi padre y al que se hallaba consagrado desde hacia varios meses.

Pero el verdadero estímulo familiar, aunque por distintos motivos, no era la casa en sí, sino su fondo de tierra que se extendía hasta el centro de la manzana. El mismo que, seguramente, hubiese sido la delicia de mi infancia, pero que carecía de significación ahora que había ingresado a la Universidad y que mis intereses eran más urbanos que pastoriles.

Para mi padre, su encanto se hallaba en los restos derruidos de dos pequeñas habitaciones abandonadas en el rincón más alejado del terreno. Las llamaba “mis ruinas” –un nombre muy apropiado, por cierto– y tenía la teoría de que sus muros

grisáceos con manchas rojizas habían sido contruidos en la época colonial.

7

Mi madre, en cambio, había descubierto en esa tierra, plagada de arbustos, árboles centenarios e insectos prehistóricos, la versión más acabada de su nuevo Paraíso. Ella, que siempre había vivido en departamentos con alfombras y calefacción, estaba fascinada ahora con ese regreso a sus inexistentes orígenes de campesina. Tan pronto llegaba de su consultorio, se cambiaba de ropa y se internaba, pala en mano, en las agrestes profundidades de su jardín. A medida que pasaban las horas, una preocupante metamorfosis operaba sobre su fisonomía. Su inconfundible aspecto de psicóloga respetable, obtenido a lo largo de casi cuatro lustros de profesión, mutaba en forma perceptible hasta adquirir la apariencia, también inconfundible, de una psicóloga cubierta de barro en el patético intento por convertirse en granjera. Hubiese sido interesante conocer la reacción de sus pacientes de haberla visto así, pero ésa era una reflexión que quedaría en el terreno de la más pura ficción. Mi madre mantenía esta nueva devoción muy lejos de la vista de ellos. Sus mayores

logros, hasta el momento, consistían en dilapidar una parte importante de los ingresos familiares en la adquisición de variedades botánicas de sospechosos poderes y nombres irreproducibles que, a pesar de sus perseverantes esfuerzos, indefectiblemente terminaban secándose al cabo de pocas semanas. Los secretos de la agricultura parecían rehuirle, pero ella no cejaba en su empeño.

Lo cierto era que, a pesar de todo, daba gusto verlos así. Algo inmaduros, para qué negarlo, pero inexplicablemente contentos con esa vuelta a los rústicos placeres del pasado. No sería yo quien les desbaratara su romántico entusiasmo, recordándoles que vivíamos en plena era de la cibernética y que estábamos entrando al siglo XXI. Además, ya tenía edad suficiente para aceptar la existencia de una cierta irracionalidad en la conducta de los padres.

Por eso no me sorprendió que, en el marco de esa conmovedora regresión que vivían, finalmente decidieran emprender el viaje a Grecia, con el que soñaban desde su juventud y que tantas veces habían postergado. Por un instante, cuando los ayudaba a cargar su equipaje en el taxi que los llevaría al aeropuerto, la punzada de una duda me

atacó por la espalda. Tal vez debí haber insistido en acompañarlos –un mes en Grecia no tenía nada de irracional–, pero en seguida descarté esos pensamientos. La idea de quedarme un mes solo en Buenos Aires tampoco estaba nada mal. Por otra parte, ese viaje hubiera sido imposible. Aún cuando yo no lo sabía, en menos de un minuto tenía una cita concertada por el destino... desde hacía casi doscientos años...

9



El caballo de Anselmo Laguna no respondía a pesar de que lo espoleara. De repente, se había puesto a renquear y a rezagarse de la partida que huía apresuradamente de Buenos Aires. A su lado, unido por una rienda a su propia montura, ya sólo quedaba el alazán del virrey, al que debía escoltar y proteger durante la marcha. El capitán Castillo no tardó en advertirlo y le hizo señas, urgiéndolo, para que apure el paso. Laguna lo intentó una vez más, pero fue inútil. Su animal parecía haber perdido las fuerzas. Le hizo un gesto de impotencia al capitán que, malhumorado, volvió a grupas acercándose a él bajo la lluvia.

—¿Qué sucede? —le preguntó—. ¿Por qué se retrasa?

—No sé capitán. Algo le pasa a mi caballo.

El capitán miró al animal que se movía con dificultad y le ordenó:

—Está bien. No pierda más tiempo. Abandónelo como está y monte el alazán.

10 —Pero usted dijo que nadie debía montarlo...

—¡Yo sé lo que dije...! ¡Ahora obedezca! Después buscaremos otro...

—Sí, mi capitán.

Su respuesta quedó flotando en el aire frío de junio, aumentando la sensación de desamparo que se había abatido sobre ellos esa mañana. Castillo ya se alejaba a galope tendido hacia la caravana que rodeaba a la galera del virrey.

Laguna se detuvo, se apeó de su cabalgadura y le examinó una de las patas. Tenía una fea herida justo sobre la pezuña. “Alguna piedra”, pensó, mientras le pasaba una mano por la cabeza.

—Hasta aquí llegaste... —le dijo—. No te preocupes. Te pondrás bien.

El alazán llevaba puestos los arreos del marqués con excepción de la montura. En lugar de ella le

habían colocado un apero criollo, especialmente ordinario. Laguna frunció el ceño. Hubiese preferido su silla, pero no había tiempo para cambiarla. Los ingleses no tardarían en llegar. Habían cruzado el Riachuelo unas horas antes y se decía que eran miles. Subió al alazán y lamentó que nadie pudiese verlo en la ciudad. Le hubiese gustado mucho alardear con el paso elegante de ese magnífico animal a la vista de todo el mundo. Irónicamente, el único espectador que tenía era su propio caballo, que lo miraba más agradecido que dolorido por la separación. Claro que éstos no eran momentos para lamentaciones, así que partió de inmediato. En seguida supo que algo estaba mal porque sintió una dureza inesperada entre sus muslos. Supuso que los cueros del apero debían estar mal acomodados. Volvió a detenerse y desmontó, maldiciendo su suerte. Debía arreglarlos y eso le demandaría varios minutos.

Revisó con destreza las bridas, pero todo parecía estar en orden. Sin embargo, al maniobrar bajo la piel del apero, sus dedos tropezaron con algo extraño. Demasiado duro para estar allí. La levantó y comprobó que, cosida a ella, había

una bolsa plana de cuero repleta con objetos resistentes como piedras. En uno de sus extremos, un tiento anudado parecía haberse aflojado por el forcejeo. Intrigado, lo sacudió un poco y tres de esas piezas cayeron al suelo. “¡Lo que faltaba!”, protestó. Eso le pasaba por meterse donde no debía. Si llegaban a descubrir su ausencia, seguramente sería castigado. Ahora debía encontrarlas y eso lo demoraría aún más. Se dispuso a buscarlas entre el pasto ralo que cubría la tierra a sus pies, pero no fue necesario. Algo centelleó junto a su bota derecha, indicándole el lugar donde habían caído. Tras unos segundos de desconcierto las recogió y sintió que se le cortaba la respiración. No podía creer lo que estaba viendo...

En eso, un grito nervioso lo volvió a la realidad. A lo lejos, apenas alcanzaba a distinguir al capitán. No escuchaba sus palabras, pero sabía que lo estaba llamando. Ocultó rápidamente su hallazgo bajo sus calzones, ajustó el nudo de la bolsa, volvió a montar y se lanzó a toda velocidad hacia el grupo. Ya no le importaba el malestar en sus muslos. Una excitante y terrible idea empezaba a cobrar forma en su cabeza.



Creí haberlo notado por primera vez mientras veía alejarse el taxi con mis padres rumbo a sus vacaciones. Fue una extraña sensación, pero muy vaga y no le di demasiada importancia. Cuando el coche giró en la esquina, volví a sentirlo. Aunque tampoco pude precisar a qué se debía, me pareció que había algo raro en la calle casi desierta de mi nuevo barrio. Recién en el momento en que regresaba a la casa lo advertí con mayor claridad. Se trataba de un auto. Era un auto azul que, como tantos otros, estaba estacionado en la vereda de enfrente. Sólo que éste hacía señas intermitentes con sus luces. Las miré unos segundos y se detuvieron. Supuse que se trataría de algún distraído jugueteando con los controles y decidí seguir mi camino. Entonces, cuando estaba a punto de traspasar la puerta, las luces, nuevamente, destellaron varias veces. Observé a mi alrededor, buscando a un posible destinatario de las señales, pero no había nadie. ¿Serían para mí? Como si hubiesen adivinado lo que pensaba, los faros volvieron a encenderse, llamándome.

Caminé muy despacio hacia el auto tratando de distinguir a su ocupante a medida que me acercaba.